

## MÁS QUE EL PAISAJE: ROSAS PARAVICINO Y COLCHADO

**Peter Elmore**

A la distracción o el desinterés se debe el lugar común que ha decretado la caducidad de la literatura cuya materia es la experiencia andina. Los manuales literarios suelen señalar que, a partir de la Generación del 50, la narrativa del Perú migró en busca de temas a la Costa y, más concretamente, a la capital. Poco parece importar que varias novelas significativas escritas en nuestro cambio de siglo discurren por el paisaje físico y el reparto humano de la sierra. Pienso, por ejemplo, en **Ximena de dos caminos**, de Laura Riesco, o **País de Jauja** y **Libro del amor y de las profecías**, de Edgardo Rivera Martínez (que han sido, por otra parte, bastante celebradas). Cierto es que no son sus autores -radicados en Lima o fuera del país- los que vienen espontáneamente a la memoria cuando uno se pregunta por la narrativa ligada a la vida andina contemporánea. En un país de tradición centralista y colonial, es comprensible que distingamos entre capitalinos y provincianos: para el mercado de la cultura, lo que no está en Lima es periférico (y, si está en la sierra, invisible).

De Arguedas sabemos que luchó para someter el castellano a las modulaciones de un modo de ver y sentir que tenía su matriz en el quechua. Se nos olvida a veces, por obvio, que **Agua, Yawar Fiesta** y **Los ríos profundos** habrían pasado desapercibidos si se hubieran publicado en el Cusco. Lima o Santiago resultaron, sin duda, escenarios de mayor resonancia para una obra cuyo lugar decisivo en el canon peruano nadie discute. Ciertamente, podría objetarse que hablo de libros publicados entre los años 30 y 1958. ¿En Lima, a mediados del 2001, se encuentran libros impresos en el interior del país? ¿Son parte de la conversación literaria que, mal que bien, todavía sostenemos? Las preguntas pueden parecer retóricas y es, por eso, preferible contestarlas a la luz de ejemplos. El primero que invoco es **El Gran Señor**, del escritor cusqueño Enrique Rosas Paravicino. Esa novela, publicada en 1994, llegó a mí por una cadena de azares en las cuales no sirvió de eslabón ninguna librería limeña (aunque después he visto el libro en El Virrey). El sello de la municipalidad cusqueña y el auspicio eufórico del alcalde hacían temer un libro dedicado a la apología del terruño. La novela de Rosas Paravicino, sin embargo, no es en absoluto el equivalente de los estropicios escultóricos que desde hace algunos años afean al Cusco. Se trata de un relato interesante e imaginativo, en el cual una estructura eficazmente sencilla está al servicio de un argumento que convoca tanto el

origen de las festividades del **Q'oyllur Riti** como las incursiones del terror senderista: dos siglos de distancia -fines del siglo XVIII y los años 80 del siglo XX- se vinculan por medio de un texto que, proponiendo una inflexión novedosa del realismo mágico, examina atentamente las dimensiones políticas de los fenómenos simbólicos y las prácticas rituales. Si por momentos un cierto esquematismo afecta a **El Gran Señor**, éste parece deberse a la voluntad de subrayar la simetría entre los distintos planos de la historia narrada. En todo caso, es evidente que la novela de Rosas Paravicino se propone indagar a través de diversos tipos andinos -indios y mestizos- el peso de la violencia en la psiquis colectiva. De ahí que el libro, sin parecerse en su estructura y estilo a **La violencia del tiempo**, me parezca afín a la importante y poderosa novela de Miguel Gutiérrez.

Rosas Paravicino -como Luis Nieto- es de los escritores peruanos cuya obra nace de la experiencia cusqueña. Esa experiencia, me parece, no cabe dentro de los límites del denominado «neo-indigenismo», porque es étnicamente plural y socialmente heterogénea. La identificación de lo andino con lo indígena, por lo demás, no ocurre ni siquiera en los libros de cuentos y las novelas de Arguedas, que presentan un mosaico social vasto y complejo. En el caso de Rosas, la formación social andina tiene en el quechua y la cultura campesina algunos de sus componentes básicos, pero no exclusivos. Me pregunto si el autor **de El Gran Señor** se propondrá escribir una novela sobre la vida urbana en la sierra; tengo la sensación de que podría representar esa materia con solvencia. Por lo demás, ya es hora de que la «narrativa urbana» deje de designar sólo a novelas cuyas historias discurren en Lima.

Quiero referirme ahora a Oscar Colchado, otro escritor empeñado en renovar la representación de lo andino. De su bibliografía, destaco los cuentos de **Cordillera negra** y la novela **Rosa Cuchillo**. A diferencia de Rosas Paravicino, Colchado no procede del sur, sino de Ancash. No sorprende, entonces, que la rebelión huaracina de Atusparia -y, sobre todo, la figura de uno de sus protagonistas principales, el dinamitero Uchcu Pedro- figure en **Cordillera negra**. Aunque Colchado ha obtenido premios literarios por los títulos que cito, me parece que no se le conoce mucho en los ambientes que administran el prestigio literario en el Perú. **Rosa Cuchillo** -que se inspira con brío en **Pedro Páramo**, de Juan Rulfo- es una novela de aventuras en la clave de un realismo mágico bastante alejado de la variante tropical del género. Las peripecias del viaje por la ultratumba aluden explícitamente a los

episodios de la guerra sucia entre Sendero y las Fuerzas Armadas, pero también señalan las escalas de un viaje hacia el descubrimiento (desafortunadamente espectacular, por cierto) de la verdadera identidad de la heroína. Pocas novelas peruanas tienen la audacia imaginativa de **Rosa Cuchillo**, que no vacila en combinar fabulosamente los datos de la realidad contemporánea con las imágenes de mitos antiguos, como por ejemplo los recogidos en **Dioses y hombres de Huarochirí**. De hecho, que la protagonista sea una difunta en peregrinación a su última morada es el elemento menos asombroso de la trama. Los signos de la profusión marcan a **Rosa Cuchillo**, novela en la cual encuentro menos la sensibilidad del narrador oral popular que la del letrado provinciano contestatario. No dudo que algunos lectores objetarán la aplicación casi literal que Colchado realiza del concepto de «utopía andina», descrito y expuesto por Alberto Flores Galindo en **Buscando un Inca**; habrá también quienes encuentren que la descripción del cielo, el purgatorio y el infierno autóctonos peca de exuberancia y no representa con fidelidad el imaginario campesino contemporáneo. A mí, en cambio, me impresiona la manera desinhibida con la cual Colchado inventa el mundo representado de **Rosa Cuchillo**, apelando a materiales que vienen de la tradición literaria occidental, del canon de la narrativa moderna latinoamericana, del ensayo historiográfico, de las recopilaciones modernas de narrativa oral andina y de documentos etnográficos. Ese abigarramiento le da por momentos un cierto aire ingenuo al texto, pero al mismo tiempo le infunde vigor y le presta variedad al universo de la ficción. Por lo demás, el impulso sincrético que anima a la novela es el mismo que alienta en la mayoría de las manifestaciones culturales de los Andes, desde la pintura cusqueña hasta las fiestas patronales.

**El Gran Señor y Rosa Cuchillo**, me parece, se sitúan en una franja de la producción literaria peruana que tiende a pasar desapercibida. Entre nosotros, resulta bastante más visible, por ejemplo, la narrativa de ambiente juvenil, escenario limeño y atmósfera más o menos posmoderna. Sin embargo, los textos de Rosas Paravicino y Colchado no son menos contemporáneos que los otros, tanto por su voluntad de representar el pasado en función de la actualidad como por su propósito de renovar las fórmulas del realismo. Su escritura le pertenece a nuestro tiempo.